

**Hernández de Lamas, Graciela Beatriz, *Humanidades III. España y el Nuevo Mundo. Tradición fundacional y forja de nuestra identidad*, Buenos Aires, Escuelas Pías de Argentina, 2021, 260 páginas.**

La autora de esta obra, Graciela Beatriz Hernández de Lamas, es Maestra, Licenciada en Gestión Educativa y Doctora en Ciencias de la Educación por la Pontificia Universidad Católica Argentina, cuenta con amplios estudios filosóficos y se ha desempeñado como profesora en esa casa de estudios, en la Universidad Austral, en la Universidad Católica de Cuyo y en la Universidad FASTA. Escribió numerosos libros, entre los que cabe mencionar: *Los desafíos del aprendizaje* (2000), *Metodología del estudio* (2001), *Estrategias cognitivas y metacognitivas del aprendizaje* (2002), *Retórica y educación* (2004) y *La ciencia de la educación* (2016); además de una colección de libros orientados a alumnos escolares, entre los que se ubica el que se comenta en estas líneas.

Ya desde su título, su tapa y sus primeras páginas, el libro –dirigido a alumnos de doce a catorce años– expone su orientación y clara toma de posición, que no oculta en ningún momento. La idea parece ser enseñar la Historia –o quizás sea mejor decir enseñar diversos aspectos de *la cultura a través* de la exposición histórica– con el eje puesto en la continuidad de una rica tradición de la cual nace nuestra patria.

Este eje de la continuidad frente a la ruptura es uno de los pilares de la obra, lo cual se explica no solo por la visión de la autora, sino también por una circunstancia objetiva que ella no soslaya: la época examinada es un momento histórico de grandes fracturas, de cambios “explosivos”, que modificaron el rumbo del orbe. El descubrimiento de América y la proyección del Imperio español al “nuevo mundo”, la ruptura de la Cristiandad en el Viejo continente y el surgimiento y avance de las revoluciones de mayor relevancia nos ponen de frente con ese distintivo histórico que el libro subraya.

La obra se divide en tres extensos capítulos, en los cuales el lector encontrará la exposición de los aspectos político, educativo, religioso, artístico –en la pintura y la literatura– y arquitectónico propios de cada momento, e información sobre las vidas de algunos de los personajes más importantes de las épocas examinadas, mapas, fotografías, imágenes, glosarios, poesías, líneas de tiempo y consignas de trabajo. Se le otorga un lugar muy importante a la reproducción del arte y su explicación: a cada obra pictórica y fragmento de texto le sigue una introducción a su autor.

El primer capítulo es *España y sus cruzadas en el siglo XV*. Allí se intenta destacar un espíritu colectivo heroico y magnánimo, orientado a la misericordia e informado por la caridad. Explica la autora: “El alma de la España del siglo XV es la reina Isabel. Y con el rey Fernando comienza la *idea imperial*. La evangelización es parte de este proyecto” (p. 5). Afirma que con los Reyes Católicos tiene lugar el “paso hacia una versión del Estado Moderno, compatible con la tradición imperial descentralizada medieval” (p. 5) y que la Reina “se vale del arte como instrumento retórico para la transmisión del mensaje de la Corona” (p. 5). Se vislumbra allí parte de la justificación del método seleccionado.

Por ello, y después de distinguir dos corrientes diversas dentro del humanismo renacentista, apunta que el Renacimiento español “no implica una ruptura con la tradición medieval como ocurre en otros países” (p. 40), pues “el hombre del Renacimiento español, sin dejar de considerar a Dios como el centro de su vida, propone, en todas sus formas, que el hombre es el elegido por Dios para disfrutar y administrar este mundo. Y gozarlo” (p. 40).

La autora se ocupa de resaltar de modo especial algunos temas, como el lugar que ocupó la mujer durante el reinado de Isabel la Católica: “Promovió que las mujeres, religiosas y laicas, accedieran a la cultura y recibieran los conocimientos propios de la época. De este modo, puede decirse que a partir del siglo XV creció el número de mujeres que, además de conocer las artes y las letras y saber algunos idiomas, fueron intelectuales, es decir proponían con su propia voz un pensamiento al mundo” (pp. 69-70). La propia principalía de la reina Isabel, su iniciativa y su intensa actividad política son de ello muestra elocuente.

El capítulo 2 se titula *Proyección del Imperio Español en Europa y en América (siglos XVI y XVII)*. En este punto, la obra irá relatando la continuidad de la tradición hispánica que se proyectará y fusionará en la tradición argentina. Allí se sostiene que “América tiene una historia propia, que es la de los misioneros” (p. 76). La autora refiere a una “fusión cultural” (p. 118) entre lo que los españoles trajeron desde los diversos lugares de la península –y también de otras tierras europeas bajo dominio de la Corona– y la diversidad americana prehispánica. Se presenta un panorama cultural muy amplio de la época y llega a enseñar cosas que son usualmente tan poco difundidas como qué fue la Segunda Escolástica Española, la Escuela Española del Derecho Natural y de Gentes y el Siglo de Oro.

Se hace particular hincapié en asuntos en general olvidados, como la labor educativa del momento y durante la evangelización de las tierras americanas. Así, apunta la autora: “...con el evangelizador va el maestro. Y al lado de la doctrina se levanta la escuela de primeras letras. Y los hombres de Iglesia son los que piden y obtienen en cada lugar conveniente la instauración de las universidades” (p. 113). Lejos de cualquier oscurantismo, la vida universitaria fue fomentada por la Iglesia.

No puede dejar de asombrar a los lectores acostumbrados a la realidad hodierna los datos que se presentan sobre la obra educativa que la Corona impulsó en América y llevó a cabo principalmente por parte de las órdenes religiosas. Civilización, educación y evangelización iban de la mano, lo cual fue reconocido de algún modo por el antiguo artículo 67 inciso 15 de la Constitución argentina de 1853, vigente hasta la reforma de 1994. En este orden, se destaca la acción evangelizadora y el especial esfuerzo de muchas autoridades políticas y eclesiales –desde el emperador y el papa hacia abajo– para intentar evitar abusos contra las poblaciones nativas.

El tercer y último capítulo se llama *Tradición hispana y forja de la identidad fundacional argentina (siglos XVI-XVII)*. Aquí reitera la autora la idea de la *fusión*, al escribir que la cultura argentina es una “verdadera fusión del elemento local con el español” (p. 247). Contra las imprecisiones habituales de los textos escolares, es relevante la aclaración acerca de que “las posesiones americanas son *provincias o reinos*, partes integrantes de un imperio y *no colonias*, ni en el sentido griego, ni romano ni sajón (...). Las palabras colonias o factorías no aparecen en las 6377 leyes de la Recopilación de Indias. Las Indias son *Provincias, Reinos, Señoríos o Repúblicas*, según las normas dictadas” (p. 186). En el mismo sentido, explica más adelante: “La América constituye un reino independiente de España, con la que no tiene otro vínculo que el Rey, y éste, precisa y únicamente, en cuanto lo es de Castilla. Esto es aceptado así. La incorporación de las Indias se hace a la Corona” (p. 207). Lo aseverado tendrá sus múltiples proyecciones, incluyendo las que se invocarán para argumentar la legitimidad del proceso independentista.

Así, la autora dará algunas páginas después su interpretación respecto de la llamada “Revolución de Mayo”: “...la “revolución” no intenta cambiar las estructuras de la sociedad colonial porteña sino, ante la necesidad, busca cierta autonomía en los manejos de los asuntos gubernamentales. Si está contra la Corona, no es contra la española, sino contra la afrancesada manejada por los Bonaparte. Es una revolución militar, no está

hecha por toda la población. Su principal actor es el jefe de los militares, don Cornelio Saavedra, primer gobernante de la República Argentina. Es un movimiento que nada tiene que ver con la revolución Francesa: no hay derramamiento de sangre; no está contra la nobleza porque aquí no la hay; no está contra la religión católica sino al contrario: hay un juramento de fidelidad a la Iglesia, participan muchos religiosos y en las expediciones para llevar la noticia al interior, van capellanes” (p. 211). Y, en relación con la declaración de la Independencia, sostiene: “...esta declaración tiene como efecto fundar el Estado argentino y obligarnos a asumir el destino de la patria”. El capítulo y la obra cierran con un apartado sobre “la mujer en la conquista” y con la figura ejemplar de Mama Antula, canonizada de modo reciente.

El libro está destinado a adolescentes, y si se atiende al declive intelectual que impacta de modo especial en los más jóvenes, podría parecer que la obra maneja un lenguaje a veces demasiado elevado, lo cual, a la vez, plantea un interesante desafío a lectores y docentes para subir la vara, y abre las puertas a otros lectores de mayor edad. Habida cuenta del nivel en descenso del universitario promedio, esta obra puede también resultar de alguna utilidad para estudiantes universitarios y para profesionales.

Es bastante más que un manual de Historia para la escuela media y puede ayudar a la crisis de la Universidad en al menos dos aspectos. En primer lugar, porque la universidad llega tarde para formar un alumno que tenga ejercitados los “músculos” del pensamiento riguroso, profundo y, demasiadas veces, elemental—; una obra como la que aquí se comenta auxilia en esta dirección. En segundo lugar, si se presta atención al deficiente estado con el que la mayoría de los estudiantes dejan la escuela media e ingresan en la vida universitaria, este libro puede servir aún en la aproximación a ciertos contenidos propedéuticos de esa última instancia.

De lectura amena, la obra se muestra como un valioso aporte en la integración del saber y la formación integral de las escuelas católicas, para evitar la desconexión entre el estudio de las materias profanas y el de la religión, otra cosa harto habitual desde hace décadas. La perspectiva del libro, que incluye breves relatos sobre los santos más importantes de la época y su relevancia en el contexto es, sin dudas, una innovación en orden al logro de ese objetivo.

En adición a lo expuesto, es interesante es que la obra abre y cierra con la exposición y exaltación de dos mujeres y su labor en el marco histórico propio. Dos grandes mujeres, que marcaron su época y que se proyectaron a futuro al dejar una profunda huella en las

comunidades que integraron y lideraron y que se proponen como arquetipos. En especial, la elección conclusiva es significativa, pues Mama Antula expresa los frutos de la vida de los comienzos de la Argentina como legado de una tradición que debemos honrar.

**Carlos Arnossi**